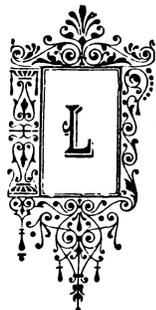


EL MENTIR DE LAS ESTRELLAS...

¡VENUS!



A Bella... Y va con mayúscula, señores linotipistas, va con mayúscula para llamar más poderosamente vuestra atención, a fin de evitar un conflicto como el provocado no hace todavía muchas semanas por una inadvertencia de un compañero vuestro, cuyo descuido pudo muy razonablemente haber motivado

hasta la intervención judicial, si la pelota llega a dar en otro frontón, siendo al cabo nosotros sin culpa alguna los paganos de los daños y perjuicios sufridos acaso por la Casa, como consecuencia de una falta de ortografía, tan sólo debida quizá a un lapso digital.

A cambio de desembolso considerable había una poderosa firma comercial del Archipiélago remozado desde la quilla hasta la contera del palo mayor una de sus más populares embarcaciones, encargada de cubrir cierta importante línea del servicio interinsular. Y tan ataviada se presentó la ría de nuestra Sultana a su vuelta de Hongkong que todo el público filipino allí reunido se sintió rebosante de orgullo al contemplar aquella encantadora Nereida, la cual respondía graciosa y oportunamente al nombre de "Venus" y dijérase haber, como su homónima, brotado por arte de encantamiento de la espuma misma del mar.

Pero cuando ESTUDIO quiso manifestar su alborozo por la adquisición de semejante preciosidad, vosotros, ¡oh linotipistas!, todo lo echásteis a perder al colocar en el encabezamiento del artículo aquel infamante rótulo: "LaVella Venus", el cual tenía el aire de un "inri", capaz de desfigurar de todo en todo el yate "principesco" y bastante por sí solo para eclipsar cuantas bellezas pudiera la Reina de nuestra Matrícula poseer. La Casa armadora no protestó. Pero quien nos puso un "bekosko" parecido al que debe de poner cuando de improviso le sale un baguio al paso fué don Marcelino Ugarte, su veterano Capitán. Y le sobraba razón.

Y sin más, pasemos de la Venus de los barcos a la Venus de los astros, la más bella de cuantas estrellas blancas tachonan el firmamento azul, motivo por el cual le ha escogido el astro-rey como Dama de compañía, y ora va a la vanguardia, ora le sigue a la zaga, apareciendo en el primer caso coquetonamente envuelta en los albores de la aurora y presentando en el segundo un estudiado contraste femenino con las tintas rojas del crepúsculo vespéral, de donde le viene el mote de "lucero" de la mañana o de la tarde, según se le antoje caminar por delante o ser la postrera de la comitiva solar.

Este interesante planeta, el segundo de los dos únicos (Mercurio es el otro) cuya órbita es interior a la del nuestro, posee una magnitud muy aproximada a la de la Tierra, de la cual sólo se diferencia en treinta y nueve kilómetros (de menos), cantidad despreciable si se tiene en cuenta

ser el diámetro terrestre doce mil setecientos cincuenta y seis kilómetros, quedando de consiguiente para Venus doce mil setecientos diecisiete, circunstancia muy favorable para haber ya obtenido en su carrera evolucionar el conveniente estado de condensación.

Nuestro ecuador mide cuarenta mil kilómetros y el de Venus tampoco anda muy lejos, pues llega a treinta y ocho mil seiscientos veintidos. A las superficies de ambos puede bien dárseles un valor igual. Los volúmenes están en razón de diez a nueve. Las densidades de uno y otro allá se van. La velocidad de los cuerpos en su caída durante el primer segundo es en la Tierra de cuatro metros con noventa centímetros, y en Venus cuatro con veintiuno. lo cual consiente equiparar en los dos planetas la fuerza de la gravedad.

Todo ello parece favorecer a los fautores de la habitabilidad. pues si aquella jaula astral es tan semejante a la nuestra, no se nos alcanza por qué ley de embudo haya de haber seres vivientes en este cascote sublunar, mientras quedan condenados los otros globos celestes a perpetua soledad. Y aun hay más. Venus cuenta con atmósfera, y nuestros lectores recordarán la importancia excepcional de esta condición cuando se trata de resolver el problema de la posibilidad de desarrollarse los organismos en determinado mundo estelar.

Pero a la inversa de las Venus de Praxíteles y Médicis, y aun por ventura de las mismas Maritornes de nuestra vivienda terrenal, la Venus del sistema solar se pasea por la anchurosa bóveda maliciosamente arrebuja en espesa atmósfera de nubes, que nos impide por ventura contemplar la corteza del planeta. Y como, por otra parte, el disco de Venus se nos presenta siempre reverberante cual inmensa bola de nieve, de albura deslumbradora, resulta harto dificultosa su observación, la cual se ha de practicar en pleno día si hemos de conseguir la vista de pormenores de algún valor.

De donde todo cuanto podemos asegurar de Venus proviene de los cálculos de los astrónomos, los cuales desgraciadamente han manifestado con respecto a dicho planeta una divergencia aterradora, que sería suficiente por sí sola para despertar la más completa desconfianza en los profanos. habituados a tomar en serio las afirmaciones de los sabios cuando acaso se hallan contestes, pero cuya credulidad se estrellas irremisiblemente contra toda suerte de ciencia donde el número de las conclusiones pueda contarse por el de opinantes, aun cuando no llegaren a tener la desigualdad formidable del caso actual.

Ante todo, tomando por base de cálculo la distancia de Venus al Sol podemos afirmar que la temperatura allí reinante será de unos ochenta y cinco grados, es decir, lo bastante para mantener el alcohol al aire libre en estado de ebullición. Si dicha temperatura no tuviese ningún atenuante, deduciría el lector sin ayuda nuestra ser imposible

la existencia en semejante lugar, pero como acabamos de hacer constar la realidad de una atmósfera en Venus, corre por su cuenta tamizar los rayos solares reduciendo considerablemente su excesiva intensidad.

Teniendo presentes las particularidades climatológicas planetarias, no sería nada aventurado calcular la temperatura media de Venus en veinte grados solamente superior a la de la Tierra, con lo cual queda descontada la vitalidad de las regiones tropicales, pero en las templadas y polares reinaría un clima muy parecido al de las porciones terrestres de más sorprendente vegetación. Es decir, que en este supuesto se concibe fácilmente poder darse organismos vivientes en el lucero del Alba los cuales serían harto afortunados de residir en aquella encantadora morada astral.

Pero para tasar con precisión el peso total de los argumentos donde descansa la solución de un problema es indispensable colocarlos todos juntos en el platillo de la balanza, pues sin esta precaución correríamos el riesgo de quedarnos con un resultado erróneo, tanto más considerable cuanto fuere mayor la sensibilidad del instrumento medidor. De ahí que si los ochenta y cinco grados han quedado reducidos por arte y gracia de la atmósfera venusina a un estado termométrico aceptable, todavía hay otros accidentes llamados a introducir retoques de consideración.

El más importante de todos ellos es sin duda alguna el originado del movimiento rotatorio del planeta, pues así como un tamborcillo giratorio colocado a la acción del fuego reparte mejor el calor en su superficie cuanto más regular y constante fuere su rotación, los cuerpos celestes sometidos al movimiento de traslación en derredor de otro astro central quedarán expuestos a las funestas consecuencias de sus radiaciones en razón inversa de su velocidad de revolución sobre su diámetro axial.

Y aquí nos sale al paso uno de los rompecabezas más intrincados de la Astronomía. ¿Cuánto tiempo invierte Venus en su rotación? Se sabe ya a ciencia cierta que su viaje sideral le cuesta doscientos veinticinco días (ciento cuarenta menos que a nosotros, pues lo hacemos en trescientos sesenta y cinco), de suerte que si un jovencuelo terráqueo de veinticinco años mudara de residencia marchándose a Venus, allá le empadronarían como a hombre de cuarenta años en plena virilidad.

¡Venturosa mansión cuyos habitantes (si por ventura los tuviere) alcanzan en el mejor de los casos la respetable ancianidad de ciento treinta años!

Advertiremos para ilustración del leyente que el medio más ordinario de calcular el tiempo invertido en la rotación consiste en observar el tránsito

periódico de determinadas manchas situadas en la superficie del astro, y cualquiera se figura la dificultad de descubrir mácula alguna en Venus cuando, según lo tenemos ya advertido, camina siempre cuidadosamente arropada en espesa capa nublosa a través de la cual no es posible ni aun con los telescopios de mayor alcance divisar la corteza del planeta tentador. ¡Lección provechosa para mis bellas lectoras, dominadas de la manía de privarse de todo envoltorio, y hasta de su espléndida cabellera, que tanto contribuía a disimular los lunares del continente cerebral!

Así se explica la diversidad de pareceres sobre un punto tan capital. Para Santiago Cassini emplea solamente veintitres horas y veinte minutos. Según Bianchini, veinticuatro días y ocho horas. En opinión de Schroeter, veintitres horas, veinte minutos y cincuenta y nueve segundos. De estar en lo cierto el Jesuita P. de Vico, veintitres horas, veintiun minutos y veintiun segundos. Al decir de Schiaparelli, doscientos veinticinco días (es decir, el mismo tiempo que en su jornada de traslación). Después de detenidos estudios espectroscópicos, sostiene el ruso Belopolsky ser muy rápida la rotación de Venus. Al cabo de parecidas investigaciones espectrales, afirma Slipher ser insensible dicha rotación. Total: armonía igual a la de una olla de grillos excitados por el calor.

De estar el parecer de Schiaparelli (confirmado por Lowell) en consonancia con la realidad, Venus habría de quedar condenada a presentar siempre la misma cara al Sol, la cual estaría en estado de torrefacción, mientras la parte oscura del planeta sufriría constante abismo termométrico de unos doscientos sesenta y ocho grados bajo cero, sin que en ninguna de las dos pudiera imaginarse siquiera la posibilidad de la organización.

Las últimas inquisiciones de Belopolsky le han llevado a precisar su pristina conclusión, estableciendo para la rotación de Venus un día y doce horas. Y de acostarnos al autorizado veredicto del ilustre Director del Observatorio de Bourges, P. Moreux, el depósito de conocimientos cosmográficos y mecánicos que hoy poseemos apoya la postrema hipótesis del astrónomo ruso, el cual ofrece, si se la compara con la teoría de Schiaparelli, muchos grados más de verisimilitud.

¿Pero hay o no habitantes en Venus? oigo que me interumpe mi amiguita. No lo sé, niña. Si quienes se pasan la vida con la mirada fija en la región estelar no nos lo saben declarar, ¿qué quieres que te diga yo? Mas a falta de pan, te regalaré una torta. Imita siempre la actitud pudorosa y reservada de la Venus del sistema solar y un día llegarás a saber si hay o no seres vivientes allí. Además, aun en este mundo serás más querida y más buscada, cuanto menos te empeñes en... "enseñar".

DR. Q. CHILLO.

MAXIMO VICENTE

Talleres de Pintura, Escultura, Platería y Marrojería. Prontitud y Esmero en los Encargos

Imágenes, andas, altares, púlpitos, ornamentos de Iglesia, Mausoleos, Monumentos, Bordados en oro, Lápidas, etc.

83C-34 R. Hidalgo, Manila

Tel. 3528

Suscríbese

A ESTUDIO